

Valijas

Kyuss

La valija es roja y grande, igual a la de papá. Es como una estrella fugaz. La veo sólo un instante y después se pierde entre las piernas que caminan por la vereda. Pero ese instante es suficiente para despertar mi deseo. Un cruce de calle me separa de ella y del nene que, lo sabré más tarde, se llama Mikeas. A mis seis años sé que las distancias, además de medirse, también se sienten. Lo que no sé es cómo se llama esta sensación. Cuando escriba este recuerdo, sabré que vértigo es el nombre que busco.

Le sacudo el brazo a mamá y le digo que se apure, que la valija se escapa, que quiero verla de cerca. Todo junto le digo, atolondrado. Mamá apoya la cara contra una vidriera y hace paréntesis con las manos para tapar la claridad. Es una especialista en hacerse la tonta. Me encantaría decírselo, pero faltan tres años para el día en que junte suficiente coraje, o bronca, y se lo diga, cambiando la última palabra por otra más fuerte. Ahora sólo le sigo insistiendo y, cuando ya no puede hacerse la distraída, gira la cabeza para todos lados. Y después de lo que para mí es una eternidad, mira hacia donde estoy señalando. Nunca me voy a olvidar de su voz seca, cortante. Dice que no, que no la voy a hacer pasar vergüenza de nuevo.

En algo tiene razón. No es la primera vez que veo una y me vuelvo loco. Estoy obsesionado con las valijas. Cada vez que me topo con una, hago frenar a los dueños y las miro como si fueran obras de arte. Las acaricio y las abro y las cierro sólo para escuchar el ruidito crujiente del cierre. Mamá, mientras tanto, se cruza de brazos, repiquetea el piso y abre su sonrisa de dibujito animado. Pero, ¿vergüenza? Vergüenza la haría pasar si los dueños se enojaran o no me quisieran mostrar la valija. Pero nada de eso ocurre. Al contrario, los dueños encantados conmigo, me aprietan el cachete y me revuelven el pelo. Qué personaje, dicen.

Como mi voz no alcanza para doblegar los no de mamá, tengo que usar mi técnica especial. Voy a reírme cuando la recuerde. Me voy a reír porque me encantaría usarla cada vez que le pido un aumento a mi jefe. La técnica consiste en cruzarme de brazos, hacer puchero y pisar el suelo con fuerza, primero con un pie y después con el otro. Y en medio de la rutina, insistir con lo que quiero. A los gritos. La valija, mamá, la valija, quiero ver la valija, mamá. Pero hoy es un día especial porque a la cantinela, a mi apuesta inicial, le agrego más fichas: si no me acompañás, voy solo, digo. ¿Solo? ¡Qué

vas a ir solo, Martín!, dice ella, casi burlándose. A mí se me sube todo el calor a la cara, como cuando la pava llora. ¿Se piensa que no me voy a animar? Obvio que me voy a animar. Doy media vuelta y empiezo a correr.

Todavía me da miedo cruzar la calle solo. Tengo que agarrar la mano de mamá o de papá porque siento que si no lo hago me va a chocar un auto o un colectivo. Pero estoy tan enojado con mamá y tan entusiasmado con la valija que no siento nada. Ni siquiera miro el semáforo. Giro la cabeza para los dos lados, me aseguro de que no pase nadie y cruzo. Es como caminar sobre una soga a mil metros de altura. La presión es insoportable, pero sólo es cuestión de mover las piernas y no pensar. Al llegar al otro lado siento la misma alegría y el mismo alivio que voy a sentir cuando aprenda a andar en bici sin rueditas.

Corro y esquivo a la gente como si estuviera jugando a la popa. La distancia, que se va achicando, me deja ver los primeros detalles. Por ejemplo, que la valija es arrastrada por un nene, y que está sucia y rota en algunas partes. Pero estoy tan embalado que no me pongo a pensar en todo lo que voy a pensar unas horas después. ¿Qué hace Mikeas caminando solo con una valija en medio de la vereda? Porque papá y mamá a mí nunca me dejan, y eso que se los pido siempre, cada vez que arman las valijas para irse a trabajar a París o a Londres por unas semanas. Lo único que puedo hacer es andar con las valijas adentro de la casa. Me divierto igual, pero yo quiero salir a dar una vuelta a la manzana o al menos pasar enfrente del vecino que me hace burla; quiero que me vea llevando la valija y se muera de envidia. Por eso no voy a entender qué hace con la valija; en realidad, voy a preguntarme, indignado, castigado en mi pieza, por qué a él sí lo dejan y a mí no. Pero eso después; ahora sólo pienso en alcanzar a ese nene que todavía no conozco y que ya casi llega a la esquina.

La vereda tiene una panza, como si a la manzana, en esa parte, le hubieran dado un mordisco. En ese espacio hay una librería con un techo largo y un rollo de cocina gigante y macizo que, algún día lo aprenderé, se llama columna. Ahí se mete el nene cuando lo alcanzo. Lo primero que me llama la atención es que se sienta en un colchón rajado que hay en el rincón. Estira las piernas sobre la valija y, con las manos, enrolla y desenrolla un papelito. Detrás suyo, hay una mujer acostada boca arriba. Apoya la cabeza sobre una mochila y, con los dientes, arranca pedazos de una tira de pan.

En este punto, cuando escriba el recuerdo, me voy a preguntar si mis ganas de tocar la valija siempre se mantuvieron en pie o flaquearon al ver a Mikeas. No lo voy a poder precisar. Lo que sí tengo en claro es que la mujer me da miedo. Y en ese dudar o

no dudar, el nene se levanta y me hace señas con la mano para que me acerque. Yo puedo ser muy rebelde y caprichoso, pero con la gente que no conozco hago caso. Si me dicen hacé esto, lo hago; y si me dicen vení para acá, voy. Es un rasgo que arrastraré toda mi vida.

El nene me dice que se llama Mikeas, un gusto, yo me llamo Martín, le digo, y nos apretamos las manos como si fuésemos grandes. Mikeas es flaquito. Es rubio, y tiene el pelo aceitoso y una capa de mugre que le cubre los brazos. El apretón de manos es una pequeña descarga eléctrica que enciende mi confianza. Le digo que me encantan las valijas, que si me la deja ver, que si la puedo tocar, que si no le molesta, me deje jugar con ella. Es lo que siempre les digo a los dueños de las valijas. Mikeas, chocho. Le pregunta a la mujer si lo deja jugar un ratito, y ella, aunque primero lo mira con desconfianza, hace un gesto con la cara y acompaña con los hombros.

Nos alejamos un poco, y yo me pongo a mirar todos los detalles de la valija. Con detalles quiero decir defectos. El rojo desteñido, la ruedita rota, los agujeros y las manchas blancas, algunas grandes, otras más chicas. No me molestan. Barata o cara, nueva o vieja, una valija es una valija.

Después de escuchar el cierre y dar una vueltita con ella, le propongo jugar a que estamos en un aeropuerto. Yo puedo estar viajando a París por trabajo y él puede ser uno de esos hombres de seguridad que pasan la valija por una maquinita para ver lo que hay adentro. Pero a Mikeas no le gusta ese juego. Prefiere jugar a que somos vendedores ambulantes y que vendemos relojes, lentes, gorras, todo lo que se nos ocurra. No sé por qué, pero su idea me parece fantástica. Me pregunto cómo no se me ocurrió antes.

Mikeas me deja abrir la valija y acomodar todo. Adentro hay pedazos de cartón que usamos como si fueran nuestros productos. Yo los muestro, les cuento a los interesados que son de primera calidad y así los voy convenciendo de comprar. Mikeas se encarga de la plata. Puede contar hasta quinientos y sabe dar el vuelto justo. A mí, que recién estoy aprendiendo a hacer sumas de dos números, cuando lo veo en acción, me parece el chico más inteligente del mundo.

Ya vendimos tres relojes y una gorra cuando llega mamá. Respira rápido y casi no le salen las palabras. Martín, dice, Martín, y parece que va a decir algo más, pero no. Me mira a mí, a Mikeas y después a la mujer, que sigue comiendo pan. Le cuento a lo que estamos jugando y le pregunto si no quiere comprarnos algo. Mamá reacciona. Me dice que nos tenemos que ir, que ya es tarde. Agarrándome del brazo lo dice. Y entonces me acuerdo de que estoy enojado con ella porque no me acompañó y uso mi técnica de

nuevo. Cruzo los brazos y le digo que hasta que no nos compre un reloj yo no me voy. Y cuando vuelve a decirme que no, empiezo a zapatear, y cuando me quiere gritar, yo grito más fuerte. El reloj, mamá, el reloj, comprame el reloj, mamá.

Ella está enojada, pero también tiene miedo. De esto último me voy a dar cuenta mucho tiempo después, cuando ella me cuente que si le titila el ojo izquierdo es porque tiene miedo. Y yo, inmediatamente, voy a recordar que el ojo izquierdo de mamá era como una lamparita a punto de quemarse. Hasta la mano con la que saca la plata de la cartera le tiembla. Quiere darle un billete, pero Mikeas no se lo acepta. Le dice que el reloj sale quinientos, no veinte. Mamá me mira, me dice que es muy caro y yo le vuelvo a rezongar. El reloj, mamá, el reloj, comprame el reloj, mamá. Ella sacude la cabeza y se muerde el labio de abajo. Mete la mano en la cartera y cambia el billete. Mikeas, ahora sí, agarra la plata y le entrega el pedazo de cartón. Y todo lo que pasa a continuación es algo que me va a llevar años entender. Primero, la mujer hace un ruido con la boca, como el susurro de un pajarito. Después, Mikeas, como hipnotizado, da media vuelta y arrastra los pies hasta ella. Entonces, la mujer le revuelve el pelo y le saca el billete. A cambio, le pone unas monedas en la mano. Yo observo todo con la mirada pérdida, tal vez intuyendo que algo extraño y fundamental está ocurriendo, algo que todavía no puedo comprender.

Mikeas vuelve y divide las monedas. Tres para mí, tres para vos, dice. Agarro las monedas y mamá, con el reloj de cartón en la mano, me despabila. Me vuelve a sacudir el brazo y dice que ahora sí nos vamos. Quiero apretarle la mano a Mikeas otra vez, despedirnos, como hace papá con sus compañeros de trabajo. Pero mamá no me deja. Apenas estiro el brazo, ella me tironea para su lado, como si me hubiera quedado pegado a la corriente. Me lleva de la muñeca y me aleja de Mikeas, que sonrío y dice chau, socio. Yo me río y le digo lo mismo. Lo saludo a la distancia, sacudiendo la mano en el aire, mientras mamá me arrastra por la vereda, como si en vez de piernas yo tuviera rueditas.